

15 céntimos el número



LA VELADA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 2 Julio de 1892

Núm. 5.º

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LEÓN EN ACECHO.—ESCUPTURA DE A. VALLMITJANA ABARCA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por C. — San Pedro me valga (conclusión), por ANTONIO DE TRUEBA. — Las golondrinas, por E. DE MIER (ilustraciones de A. DE RIQUER). — La casa paterna (conclusión), traducción de C. VIDAL DE VALENCIANO. — Poesía, por *** — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIÁN. — Charada. — Advertencias.

Grabados. — León en acecho, escultura de A. VALLMITJANA ARARCA. — Distinción, acuarela de JOSÉ LLOVERA. — La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, pintura en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, por EUGENIO OLIVA RODRIGO. — Todo por el arte, novela viva (continuación), por APPELES MESTRES.

Crónica

EL patriotismo fué siempre en todo el mundo un sentimiento sagrado é inatacable; un sentimiento creador de pueblos y de naciones; y de él puede decirse, sin exageración, que hizo la historia.

Pero desde que dejó de penetrarle la religión, desde que dejó de ser un culto para convertirse en una idea, perdió su inviolabilidad, y ya se ha convertido en tema de discusión, allí donde todo se discute.

Como reconocen los periódicos más serios, en Francia hay desde hace años dos corrientes muy distintas respecto á esta delicada materia, una que proclama el antiguo espíritu, y otra que, en nombre de la ciencia ó en nombre de la anarquía, profesa abiertamente el antipatriotismo.

Entre las infinitas locuras *fin de siècle* que nos vienen de allí, esta es una de las más peligrosas. Es una terrible consecuencia lógica de la licencia de las ideas.

Dos meetings se celebraron en París últimamente; uno de protesta contra el antipatriotismo, y otro de afirmación.

Al primero asistieron al pie de 4,000 personas y se formó por la iniciativa de Deroulède, Millevoje y otros patriotas del género ruidoso y hueco, pero patriotas al fin, los cuales pronunciaron fogosos discursos contra las nuevas tendencias, aunque algunos revelando ya cierta especie de contagio.

Por ejemplo, el periodista Roux, á quien se dió la presidencia, porque no pertenece á ningún partido político, dijo al abrir la discusión:

«Somos y queremos ser patriotas. El cosmopolitismo es quizá lo que nos reserva el porvenir; pero no puede ser nuestro presente. Desde antiguos tiempos el sueño del cosmopolitismo ofuscó á muchos entendimientos. Marco Aurelio, de pie entre el imperio de Oriente y de Occidente, dijo en una ocasión: «¿Cuándo será aquel día en que se deje de hablar de la ciudad de Roma, de la ciudad de Atenas, para no hablar más que de la ciudad del Mundo?»

Marco Aurelio quería que esa ciudad del Mundo fuese Roma, de modo que al hablar así rendía tributo al patriotismo, tal como se ha entendido siempre.

Los demás oradores cojearon también un poco al definir el patriotismo. Realmente, ni por su escuela ni por sus antecedentes representaban el antiguo y sólido patriotismo francés que profesan todavía los que oran, sienten y trabajan y no acuden á los clubs y á las reuniones políticas.

Pero al mismo tiempo que celebraban esta asamblea

los patriotas en el Circo de Invierno, los anarquistas celebraban otra en la Sala del Comercio para afirmar el internacionalismo, enemigo de la patria, y para proclamar el reinado de la dinamita.

Uno de los congregados, hombre valeroso, después de haber oído atrocidad sobre atrocidad, quiso hacer entrar en razón á aquellos furiosos, y dijo entre otras cosas sensatas, lo siguiente:

«Sí, ciudadanos, vuestro sistema no es más que una utopía. El asesinato irracional é inútil no hará adelantar un paso á la revolución social. Darnos un medio de suprimir la miseria.»

—¡Ravachol nos le ha dado! gritaron de todas partes. Eres un cobarde. ¡Viva Ravachol! ¡Viva la dinamita!

A estas palabras tumultuosas se siguió un verdadero tumulto. Se expulsó de la sala al orador, no siendo ya los demás discursos más que panegíricos de Ravachol.

Véase el trozo edificante de uno de ellos:

«Invito á todos mis camaradas á agujerear la piel de cuantos diputados encuentren. Cuando se haya hecho esto con una docena, ya veréis el efecto. Son cobardes como todos los franceses. Nosotros no somos franceses y no conocemos ni patria, ni ley, ni lo que se llama justicia.»

En el estado en que se encuentran los espíritus en Francia, no hay que maravillarse de que se profesen semejantes ideas, sino de que haya libertad para profesarlas en público.

Un país donde se permite atacar la idea fundamental de la patria y denigrar el patriotismo, oxígeno sin el cual es imposible la vida de las naciones, está peligrosamente enfermo.

No sabemos lo que pensarán los alemanes, pero se nos figura que considerarán estas reuniones como una adquisición más preciosa para ellos que el fusil y el cañón más perfeccionados.

Si la guerra se pudiera hacer automáticamente, pase; pero los fusiles los mueven los brazos, y los brazos los mueve la voluntad.

Y á propósito de patriotismo.

En *El Figaro*, y en sección preferente, leemos la siguiente noticia:

«El emperador Guillermo ha perdido su portamonedas en la última revista pasada en Tempelhofer Feld.

»El soberano estimaba mucho este bolsillo que contenía 100 marcos (125 francos) y se ha dedicado á buscarle una compañía de ingenieros. Pero el bolsillo no parece.»

Queda en duda si la estimación del emperador se refiere al bolsillo ó á su contenido.

El periódico deja esta duda pendiente sobre la cabeza del monarca.

El telégrafo es á veces epigramático como él solo.

Un despacho de Madrid daba cuenta días pasados de un motín ocurrido en Linares, con ocasión de una corrida de toros.

Como acontece casi siempre, el público quería una cosa y la autoridad otra, ó mejor dicho, la autoridad se permitió tener otra opinión. De aquí un escándalo de tomo y lomo.

El toro que se lidiaba, ó contagiado por el ejemplo, ó picado de que no se le hiciera caso...

Pero dejemos hablar al telégrafo:

«En tanto, el toro que estaba en la plaza arremetió contra los espectadores, pero la guardia civil lo mató á balazos. El toro mató á un espectador.

»El alcalde silbado y apedreado tuvo que refugiarse en la cárcel.

»El orden quedó restablecido.»
 Y el alcalde en la cárcel.

* * *

En cuanto al espectador muerto, á consecuencia de la intervención del toro en la contienda, es un accidente que no tiene importancia, porque para eso son las corridas; para que los hombres maten toros, ó los toros maten hombres.

Lo que importaba consignar es que el orden quedaba restablecido.

Lo que no sabemos es si se ha restablecido el alcalde.

* * *

Uno de los puntos más controvertidos de la existencia de Cristóbal Colón era el lugar de su nacimiento. Se sabía que el inmortal navegante era genovés, pero la historia no había podido fijar si vió la luz en la capital ó en alguna otra localidad de la república. Fundada en indicios y documentos de poco valor, había una opinión que le daba por cuna á Cogoleto, pequeña villa situada en la ribera del golfo de Génova, entre esta ciudad y Savona.

Este punto parece definitivamente resuelto, gracias al expediente de prueba, promovido para tomar el hábito de Santiago, por don Diego Colón, nieto del descubridor de América, encontrado en los archivos de Sevilla.

Según este documento, Cristóbal Colón fué natural de Savona, ciudad marítima del ducado de Génova.

Suponemos que el pleito se tendrá ya por definitivamente juzgado y sentenciado.

* * *

A la hora en que escribimos esta revista el conflicto obrero de Barcelona puede considerarse terminado, con la terminación de la huelga.

Tememos, sin embargo, que sea una herida cerrada en falso.

Mientras las asociaciones obreras, que reciben el santo y seña del extranjero, manjen á su antojo el peligroso instrumento de la huelga, no hay hora de tranquilidad segura, sobre todo si no hay autoridad vigilante y enérgica que limite el movimiento al iniciarse.

Libre es el obrero de asociarse para todos los fines que conduzcan á la mejora de su condición, como se asociaban en gremios los del antiguo régimen, pero no para imponer la huelga á sus compañeros, aunque estén en minoría, porque el trabajo es un derecho imprescriptible que no puede enajenarse, y de hecho, en los antiguos gremios, harto más celosos de la libertad y de la dignidad de los trabajadores que las modernas asociaciones, no se llegaba hasta ahí.

La huelga es un medio más revolucionario que económico, un medio que pone el pan y la libertad de los hijos del trabajo á merced de los díscolos y de los violentos. En estos días se han visto algunos obreros pidiendo limosna. ¿Mendigaban acaso por gusto? No; mendigaban forzados por sus compromisos y por el temor de sus coasociados.

La huelga que se ejercita en nombre de la libertad del

trabajo es en realidad la peor de las servidumbres para el obrero pacífico. Asociarse para hacer obligatoria la huelga es asociarse para fines ilícitos que la ley no puede autorizar, porque hay deberes que no pueden ser objeto de compromiso, y entre éstos ninguno más imperioso y de derecho natural que el de ganarse el pan para sí y para su familia.

Interesa lo mismo á la sociedad que al obrero conservar libre de toda coacción este derecho, esta imprescriptible libertad.

C.

San Pedro me valga

(CONCLUSIÓN)

U nos chicos que andaban por allí jugando al toro le oyeron esta exclamación y le vieron el canuto de la licencia, y echaron á correr al pueblo anunciando que venía San Pedro me valga, de quien habían oído hablar mucho, y no dudaban fuese aquel licenciado.

Momentos después no se oía en el pueblo más que «¡San Pedro me valga viene! ¡San Pedro me valga está ahí!»

Oír esto Juanilla y salir como una bala al encuentro de Perico todo fué uno. La pobre había penado siete años esperando aquel instante.

Cada abrazo pelado que ella y Perico se daban valía un doblón; pero héte que llega el padre de Juanilla, que ya he dicho era muy bruto, y siempre se había opuesto á que su hija se casara con San Pedro me valga, porque su candidato á la mano de Juanilla era otro muy rico, pero muy bruto, que la chica no quería, y al ver á Juanilla abrazando públicamente al licenciado, la puso de poca vergüenza que no había por dónde cogerla, y le pegó un puntapié que por milagro de Dios no la derregó.

San Pedro me valga tuvo tentaciones de hacer una barbaridad con el padre de Juanilla, pero se aguantó sin hacerla, porque por la peana se adora al santo. Lo que sí hizo fué dedicarse á andar por el pueblo pintando la mona con su morral, que en lugar de hacer instrumento del bien, continuaba haciendo instrumento del mal, ó cuando menos de pueril entretenimiento. Vaya un par de muestrecitas de ello:

Se iba todas las mañanas por la plaza del mercado, y con decir: «Cosa tal ó cual, ¡al morral!» hacía la compra sin gastar un cuarto, llevándose á casa el morral lleno de lo mejorcito que se presentaba en la plaza, con lo cual se daba una vida de príncipe.

Entraban dos amigos en una taberna á beberse, en amor y compañía, una botella de cerveza; les sacaba la tabernera y les ponía sobre la mesa la botella y un par de vasos; San Pedro me valga, que lo observaba con su morral á la espalda, trasladaba invisiblemente á su morral la botella en el momento en que los dos amigos estaban distraídos, preparándose con un rato de conversación á desocuparla; los dos amigos reparaban en que había desaparecido la botella, y entre: «Si tú la has escamoteado;» «El que la ha escamoteado eres tú;» «Gastas bromas muy pesadas;» «Tú eres el que las gastas,» se armaba entre ellos la gorda, y salían de la taberna á estacazos, con gran regocijo de San Pedro me valga, que luego celebraba la gracia brindando á la salud de ellos con el contenido de la botella.

Perico determinó pedir solemnemente la mano de

Juanilla al padre de la muchacha, y al efecto se presentó en casa del viejo é hizo su petición en debida forma, llevando, por supuesto, á la espalda el consabido morral, que era su compañero inseparable, como que por eso en el pueblo le llamaban ya el del morral, en lugar de San Pedro me valga.

El viejo le despachó con cajas destempladas, diciéndole, para mayor insulto, que lo que él buscaba era no tanto la mano de la chica como los mil ducados en onzas de oro con que pensaba dotarla, y al efecto tenía en la cómoda en un saquito.

San Pedro me valga salió de casa del padre de Juanilla jurando que el viejo se las había de pagar todas juntas, y como al salir viese á Juanilla asomada á la ventana, hecha un mar de lágrimas al ver que con su novio se alejaba su esperanza de casarse con él, pues naturalmente á la chica le sucedía lo que á todas, que se alampaba por casarse, le ocurrió de repente la idea de vengarse del viejo llevándose la chica y el saquito de onzas de oro destinado á dotarla. Apenas dijo: «Juanilla y su dote cabal, ¡al morral!» volaron al morral Juanilla y el saquito de onzas de oro.

San Pedro me valga echó á correr con carga tan preciosa, y el viejo, desesperado con aquella fechoría, tanto más cuanto que Juanilla parecía aprobarla, pues no gritaba pidiendo socorro, cogió la escopeta, la cargó con bala y siguió al fugitivo, que tomó el camino por donde había vuelto del servicio militar.

Como el viejo tenía las piernas más pesadas que San Pedro me valga, llegó á la colina que precedía al pueblo cuando ya el fugitivo la había traspuesto; pero como le avistase desde lo alto de la colina, le apuntó con la escopeta, disparó, y San Pedro me valga cayó al suelo.

El viejo corrió á sacar á su hija del prodigioso morral del raptor, y se encontró con que Juanilla y San Pedro me valga estaban muertos, traspasados de parte á parte por una misma bala, con la particularidad de que el morral había desaparecido, como si el alma de su dueño se le hubiese llevado consigo al volar al infierno ó adonde hubiese ido.

Lo único que había logrado el viejo con la barbaridad que acababa de hacer era recobrar el saquito de onzas de oro, que recogió y se llevó, ofendiendo el muy bestia á la curia con estas calumniosas palabras:

—Vamos, que ya tengo con que untar la mano á jueces y escribanos para que echen tierra al homicidio y al parricidio que acabo de cometer.

Si yo hubiese estado allí le hubiese dicho:

—Grandísimo desvergonzado, ¿cuándo se ha visto en el mundo que jueces y escribanos echen tierra á ningún asunto criminal ni litigioso, por más que se quiera untarles la mano? Es verdad que los jueces de primera instancia tienen tan poco sueldo que necesitan ser unos santos para no tener la mano untable; pero aunque la tuvieran, hay de tejas arriba otro juez que, de seguro, te condena á las calderas de Pero Botero cuando comparezcas á su presencia.

Perico y Juanilla llegaron juntos y asidos amorosamente de la mano á las puertas del cielo, Perico con el consabido morral á la espalda, y Juanilla pidiendo á Dios que la uniese para siempre con Perico en la otra vida, ya que no había podido ser en ésta.

Aunque las puertas del cielo sólo estaban entreabiertas, se escapaban por ellas resplandores tan divinos, tan embriagadores aromas y tan deliciosas músicas, que Perico no pudo menos de exclamar:

—¡San Pedro me valga, qué divinamente se debe éstar ahí dentro!

San Pedro, que estaba vuelto de espaldas á la portallada, y por tanto de cara al cielo, para gozar de aquellas delicias desde la puerta, cuyas entreabiertas hojas eran de oro y diamantes, se volvió vivamente al oír aquella exclamación; conociendo sin duda por ella al que llegaba á la portería, y dijo á Perico con mucha seriedad:

—Aquí no hay San Pedro ni San Pablo que valga para el que tan mal como tú se ha portado en la tierra.

—Pero, señor, le replicó Perico, consternado con aquel recibimiento, ¿en qué me he portado yo mal?

—¡Pues, hombre, podías haberte portado peor! Puse en tu mano un instrumento de salvación ó de condenación, dejando á tu voluntad el empleo que de él habías de hacer, y sólo le has empleado en picardías, en vez de emplearle en obras buenas.

—¡Por vida del morral de mis pecados!... No sé yo qué obras buenas se podían hacer con este morral.

—Muchas, y lo suficiente meritorias para que al llegar aquí te abriera yo de par en par las puertas del cielo.

—Pero, señor, dígame usted cuáles podían haber sido, que yo no caigo en ellas por más que cavilo.

—Te indicaré sólo algunas de ellas, que, como suele decirse, para muestra basta un botón. Apenas continuaste tu camino con el morralito maravilloso á cuestras, viste que un pobre barquero municipal había caído en un río y pedía auxilio, porque se ahogaba por momentos.

—Es verdad; pero si no le auxilié fué porque yo no sabía nadar, ni la disposición de la orilla del río me permitía alargarle una mano ni una rama de árbol para que se asiera y se salvara.

—Podías haber dicho: «Barquero municipal, ¡al morral!» y el barquero hubiera ido á tu morral y se hubiera salvado.

—Es verdad, señor, pero no me ocurrió eso.

—Si hubiera sido alguna picardía, ya te hubiera ocurrido, que para las picardías no te ha faltado ingenio. Más adelante viste que un menestral caía de un andamio, y en lugar de decir: «Menestral, ¡al morral!» con lo que aquel pobre hubiera caído en sitio blando y no hubiera dejado desamparados á su mujer y siete hijos, que cabían bajo un celemín, te callaste como un muerto, y le dejaste caer en un montón de piedras, donde se rompió el bautismo.

—Tampoco me ocurrió hacer eso.

—Por lo visto á tí nunca te han ocurrido más que picardías. Pasando por las cercanías de otro pueblo viste correr á un hombre; y oíste gritar á una mujer diciendo que aquel era un bribón que se llevaba una bolsa de torzal que contenía los ahorros de toda su vida; y en lugar de decir: «Bolsa de torzal, ¡al morral!» también te callaste como un zorro, y dejaste que el ladrón escapara con la bolsa, y la pobre robada quedara en la miseria.

—Pues, señor, le aseguro á usted que tampoco entonces me ocurrió...

—¡Es mucha casualidad, hombre, que nunca te hayan ocurrido más que bribonadas! No, cuando se trataba de ingeniosidades para llenar la tripa y divertirse, no carecías de ingenio.

—Pero, señor, si usted quería favorecerme proporcionándome un instrumento de salvación, ¿por qué no me proporcionó uno que no lo fuera á la vez de salvación y de condenación como este pícaro morral?

—Este morral es la conciencia humana que Dios da á



DISTINCIÓN

ACUARELA DE JOSÉ LLOVERA

todo hombre, dándole con ella la elección del bien ó del mal, ó lo que es lo mismo, la elección del cielo ó la del infierno. Tú elegiste el infierno, y ya puedes tomar el portante en busca de él.

—¡El infierno! exclamó Perico aterrado. ¡San Pedro me valga, qué vida voy á pasar allí eternamente separado de ésta y en compañía de su padre!... ¡Malhaya el morral que usted me regaló, y vaya con doscientos mil de á caballo, ya que sólo me ha servido de perdición!

Perico, al decir esto, se arrancó de la espalda el morral y le tiró por encima de la cabeza del santo portero á la parte de adentro de la puerta, cuyas hojas, como ya he dicho, seguían entreabiertas, sin duda para que lo que entoviesen por ella los que llegaban á la portería aumentase en unos el dolor de no permitírseles la entrada y en otros el gozo de permitírseles.

San Pedro reparó en Juanilla al aludir á ella Perico, y distraído en tranquilizarla un poco, porque lloraba sin consuelo al oír que Perico iba al infierno, no reparó adónde había ido á parar el morral, y mucho menos se acordó de quitarle la maravillosa virtud de atracción que le había dado al regalársele á Perico.

Lo que decía San Pedro á Juanilla para consolarla un poco era que sólo estaba condenada á pasar una temporada en el purgatorio por haber abrazado á Perico, y algunas otras cosillas por el estilo, en que suelen incurrir las chicas que quieren demasiado á los novios.

Cuando Perico se hizo cargo de que su leal Juanilla no

iba á entrar inmediatamente en el cielo, como él había creído hasta entonces, su dolor no tuvo límites, y ya sólo pensó en ver si encontraba algún rasgo de ingenio que le facilitase aquella entrada.

De repente exclamó Perico: «Mi Juanilla leal, ¡al morral!» y de repente se encontró Juanilla dentro del morral y por tanto dentro del cielo.

Suscitóse disputa entre Perico y San Pedro sobre si aquello era ó no válido, y decidieron someter la cuestión á la decisión del Señor, entrando San Pedro á exponerle lo que pasaba.

La decisión del Señor fué ésta:

«En la tierra dije que mucho sería perdonado á los que habían amado mucho. El rasgo de amor con que tu antiguo protegido ha facilitado la entrada en el cielo á su amada es digno de que le sean perdonadas muchas de las culpas que me habían obligado á condenarle al infierno. Que pene en el purgatorio siete años esperando reunirse con su amada, como su amada esperó siete años en su pueblo natal aguardando reunirse con él, y pasado ese tiempo, ambos se reunirán en el cielo por toda una eternidad.»

En tanto que San Pedro me valga tomaba el camino del purgatorio, y Juanilla se sentaba al lado del Señor, entonando ambos cánticos de gratitud y de esperanza, el glorioso portero del cielo lloraba de santa alegría, contemplando una vez más la misericordia y la sabiduría del Señor.

ANTONIO DE TRUEBA.



LAS GOLONDRINAS

MUCHAS causas influyen en nosotros para que miremos con predilección á las golondrinas. Nos visitan á la estación del año más agradable, cuando los árboles se llenan de hojas, de flores los campos, de nueva vida, en general, toda la naturaleza; bajo los rayos más ardientes del sol, y cuando el labrador vislumbra ya, conocido el estado de la siembra, la recompensa que ha de obtener en premio de sus continuos é inseguros trabajos. Es un ave, además, que vive en nuestra compañía y se complace con ella, anidando en nuestras casas y haciéndonos testigos de sus amores, de la cría

y educación de sus hijos y de la agilidad y de la resistencia sorprendentes de sus alas incansables. No nos infieren daño alguno, sino al contrario, nos recrean y nos ayudan, librándonos de muchos insectos que nos atormentan ó que perjudican á nuestro sustento y á nuestros muebles y moradas. Las emigraciones de estas avecillas, el instinto admirable que algunas demuestran en la construcción de sus nidos, el cariño que sienten por sus hijos y hasta el canto ó la garrulería de algunas especies han inspirado siempre interés y afición á los poetas y á los hombres observadores.

Sin embargo, aunque las golondrinas son cosmopolitas y hasta populares, y á pesar de las visitas que nos hacen todos los años, reina notable confusión en el vulgo acerca de sus variedades y costumbres, aplicándolas nombres impropios, consecuencia natural de la falta de claridad de las ideas que las representan. Aquí en Madrid, en donde debiera hablarse con más propiedad, no se separan con la distinción debida la golondrina propiamente dicha, el vencejo y el avión, no obstante sus notables diferencias. La palabra vencejo suele aplicarse á las dos últimas especies indicadas, al avión y al vencejo propiamente dicho, y en Andalucía, al contrario, se distingue el avión del vencejo y de la golondrina, y suele aplicarse también este último nombre al vencejo propiamente dicho.

Todas estas aves pertenecen á los llamados *fisirrostrós* ó *hiantes* de los latinos, cuyas palabras indican que están caracterizadas por la anchura extraordinaria de su pico. Son pequeñas por lo común, de cuerpo alargado, pero fuerte, de cabeza grande y aplastada, de alas largas y puntiagudas, de patas cortas y generalmente de poca fuerza, de pico pequeño, corto, aplastado y mucho más ancho en su base que en su punta, teniendo la abertura muy grande, llevando en ambos lados series de sedas muy tiesas, y ostentando por lo común una faringe enorme, comparada con las demás aves. Las golondrinas son los representantes más característicos de los fisirrostrós, descollando por su pequeñez, por la elegancia de sus formas, por su pecho ancho, cuello corto y cabeza aplastada. Su pico es casi triangular, y su abertura se extiende hasta los ojos. Sus piernas son cortas y delgadas y sus alas largas y puntiagudas, compuestas de diez y ocho plumas, nueve primarias y nueve secundarias, y la cola de doce rectrices, siendo mucho más largas las externas, por cuya razón es ahorquillada. Los órganos de las golondrinas se asemejan mucho á los de los pájaros cantores. Carecen de buche, y el color de su plumaje, sin variedad de colores, ofrece un brillo metálico particular, cuando se hallan en libertad y gozan de plena salud.

El avión, clasificado aparte por los naturalistas bajo el nombre de martinete negro ó de muralla (*cypselus apus*), es el mayor de todos, puesto que tiene de 17 á 18 centímetros de largo, y 45 de punta á punta de las alas. Éstas, no extendidas sino pegadas al cuerpo, miden 15 centímetros y 7 la cola. El color de su plumaje es negro de hollín, y blancuzca ó cana la garganta. Sus ojos son pardo-oscuros, y negras sus patas y su pico. La golondrina propiamente dicha, la *hirundo* rústica ó de chimenea de los naturalistas, tiene sólo 33 centímetros de punta á punta de las alas abiertas, midiendo éstas, unidas al cuerpo, 12 centímetros y 9 la cola. Toda su parte superior es de un negro azulado de brillo metálico, la frente y la garganta de pardo castaño, distinguiéndose la última por una ancha banda negra, siendo todo lo demás de la parte inferior de su cuerpo de rojizo amarillento algo claro y ofreciendo en las cinco plumas rectrices externas de cada lado y en sus barbas internas manchas blancas y redondas. Por último, el vencejo ó golondrina de ventana, ó de muralla, es la más pequeña de las tres, distinguiéndose por el color de su cuerpo, de un azul negro en la parte superior y blanco en la albardilla y en toda la parte inferior. Se ve, pues, que estas tres aves se diferencian por su tamaño y por su color, así como por sus costumbres, y por la época y duración de sus emigraciones. El avión, casi siempre acompañado, y á veces en bandadas más ó menos numerosas, es la que chilla y alborota obremanera por la mañana temprano y por la tarde,

volando siempre por las alturas y elevándose á distancias considerables. La golondrina discurre por las calles, y á veces es su vuelo muy rastrero, y el vencejo es, en lo general, poco visible para nosotros, á no ser en la proximidad de los grandes edificios, en donde hace su nido, ó voltijando sobre los estanques.

El avión nos visita á principios de Mayo, abandonándonos á fin de Julio, ó lo más tarde á principios de Agosto, porque si bien se ven algunos después de esta época, no son de nuestro país, sino los que vienen de territorios más septentrionales, retardados por alguna causa. La mayor parte de estas aves atraviesan el África y llegan hasta el Cabo de Buena Esperanza. Sus viajes se hacen en grandes bandadas, de noche, desapareciendo todos de repente de lugares en donde abundaban sobremanera el día antes.

Uno de los hechos más curiosos de los aviones y menos conocido en España es el de las excursiones nocturnas que hacen todos, cuando no crían, y sólo los machos en la época de la incubación. Por la tarde, después de ponerse el sol y de revolotear con gran algazara alrededor de las torres y por las calles, se elevan en los aires á mucha altura, dando gritos, en bandadas de quince á veinte, y desaparecen por completo unos veinte minutos después de la puesta del sol. Al día siguiente, á la salida de este astro, se les ve bajar desde las alturas, no ya en bandadas sino dispersos, para encerrarse de nuevo en sus agujeros. Durante el día, en nuestra España y en los países cálidos, descansan en sus guaridas, no así en las comarcas septentrionales, en donde no paran nunca. Se cree que es el ave de vuelo más rápido de nuestro territorio, habiéndose calculado que puede atravesar en cinco minutos un espacio de sesenta millas. Corta el aire con facilidad y ligereza, no advirtiéndosele nunca el menor cansancio, agitando sus alas á veces con tal rapidez que la vista no puede seguir sus movimientos, aunque en otras ocasiones las extiende y parecen inmóviles. En cambio es uno de los animales más torpes en el suelo, porque ni sabe ni puede andar, y lo único que hace es arrastrarse con trabajo. Sus uñas le sirven para agarrarse á las paredes y para defenderse de sus semejantes. Su oído y su vista son excelentes, sobre todo la última, causando verdadero asombro verlos volar en bandadas, persiguiéndose unos á otros, gritando y alborotando, poseídos del amor ó de la ira, pero sin tropezar nunca, ni siquiera con los hilos telegráficos y telefónicos, que cruzan por todas partes las grandes capitales, encontrándolos á cada momento cuando vuelan bajos, y sorteándolos en sus evoluciones con una presteza y una exactitud verdaderamente maravillosas. Es de carácter pendenciero, aturdido y violento, y no vive en paz con ninguna otra ave, ni siquiera con las de su especie. Los machos, sobre todo en el tiempo del celo, se pelean con tal encarnizamiento, que caen en tierra á veces, y ofrecen sangrientas heridas hechas por las uñas de sus rivales.

Hace su nido en los agujeros de las paredes ó en las hendiduras de las murallas y de los edificios elevados, rellenándolo de plumas, de pedacillos de lana y de otras sustancias análogas cogidas al vuelo ó robadas de otros nidos. Dispone estos materiales sin orden alguno, juntándolos con su saliva viscosa, que se solidifica con la mayor rapidez. Mientras vive, y no se lo impide alguna causa poderosa, vuelve todos los años al mismo nido, y lo defiende valerosamente de sus enemigos. Los huevos, dos en número, son alargados, casi cilíndricos y obtusos en

sus extremos. Sólo la hembra los cobija, alimentándola el macho si hace buen tiempo. Cuando llueve, se ve obligada la hembra á abandonar su nido para buscar insectos. Los dos padres dan de comer á los hijos, que crecen con mucha lentitud. La cría comienza á fines de Mayo ó principios de Junio, dejando el cascarón los polluelos en el mes de Julio, y comenzando á volar á fines del mismo. Vive de insectos, que caza á veces á grandes alturas, y bebe también, aun cuando algunos hayan asegurado lo contrario. Sólo se baña cuando llueve, no como las golondrinas. Aunque siempre está en movimiento y no cesa nunca de correr, ha habido algunas de estas aves cautivas que han durado seis semanas en completo ayuno. Su principal enemigo es el halcón jerifalte, y en otros países



algunas aves de rapiña de la misma especie. En España suele presentarse otro avión, llamado alpino por los naturalistas (*cypsilus suelba*), mayor que el descrito, con la garganta y bajo vientre blancos, asemejándose al anterior en sus costumbres, y sin otra diferencia que su predilección por las montañas.

La golondrina rústica, ó de chimenea, nos visita á los españoles, sobre todo á los de la parte meridional de nuestra península, desde los primeros días del mes de Febrero, permaneciendo entre nosotros hasta Septiembre ú Octubre, y regresando entonces al África. La verdadera patria de estas graciosas avecillas no es, sin embargo, el África, porque no anidan en ella, ni se les oye cantar, ni crían á sus hijuelos. Sus facultades físicas y su instinto son sin duda admirables, demostrándolo así la facilidad y persistencia de su vuelo, y las evoluciones á que se entregan, ya deslizándose con la mayor velocidad, ya deteniéndose de improviso, subiendo, bajando, rozando el agua ó la tierra, y elevándose luego de tal modo que se pierden por completo de vista. Pasa sin detenerse y tropezar por aberturas muy estrechas, y bebe y se baña volando. Para descansar elige lugares salientes, adonde

llega sin trabajo, y desde donde arranca con la misma facilidad. Allí alisa y limpia sus plumas, se calienta al sol y entona sus canciones. Todos sus movimientos y posturas son elegantes y graciosas. Comienza sus correrías antes que las demás aves, no posándose en tierra sino cuando se ocupa en buscar materiales para su nido. Su modo de andar es torpe y desgraciado. De todos los sentidos el que más descuella en esta avecilla es el de la vista. Aliméntase de insectos pequeños, de dípteros, neurópteros, mariposas y coleópteros, absteniéndose de cuantos tienen aguijón venenoso. Caza siempre al vuelo, y parece incapaz de proporcionarse parada el sustento, explicándose así que, cuando llueve y se ocultan los insectos que constituyen su presa, se ve obligada á volar rozando la tierra, y esforzándose por todos los medios posibles en sacarlos de sus guaridas y hacerlos tomar el vuelo. Su alimento es muy copioso y muy rápida su digestión, devolviendo las partes indigestibles, como las alas, las escamas y las patas de los insectos.

Se ha averiguado, en virtud de las observaciones de Spallanzani y de otros naturalistas, valiéndose para ello de señales que les han puesto, que siempre vuelven al mismo nido, y lo que es más importante y habla mucho en su favor, que observan una fidelidad conyugal poco común en los animales, puesto que ha regresado á sus nidos la misma pareja que los había construido, y por tanto no suceden los hijos á los padres en su disfrute, sino, al contrario, la nueva progenie ha de construirlos en otra parte, cuando llega la época de los amores. La golondrina, para hacer su nido, suele preferir las habitaciones humanas, ya bajo las cornisas, ya en los cobertizos, en las cuadras, en los graneros, en las campanas de las chimeneas, en las ventanas; en una palabra, en donde pueda abrigo por lo alto del viento y de la lluvia. Su figura representa casi siempre un cuarto de esfera, de paredes muy espesas y de borde superior horizontal, un poco más elevado que su punto de inserción. Suele medir 22 centímetros de diámetro y 11 de profundidad. Los materiales de que se compone, son tierra ó barro, que lleva en su boca y que aglutina con su saliva, entremezclándolo de pelos y troncos de hierbas que le dan más consistencia. Tarda unos ocho días en acabarlo, llenando lo interior de troncos finos de hierbas, de pelos, plumas y otras sustancias blandas. Si el nido antiguo sufre algún detrimento, se repara con el mayor cuidado, renovándose su parte interior todos los años. La puesta es en Mayo, y los huevos cuatro ó seis, de cáscara delgada, blancos, con puntos grises y pardo-rojizos. La incubación dura doce días, y si hace mal tiempo y la hembra se ve obligada á buscar su alimento, diez y seis ó diez y siete días. Los polluelos son muy feos, con una boca enorme, pero en cambio crecen rápidamente, pudiendo abandonar el nido á las tres semanas, si les ayudan las circunstancias. Es un espectáculo muy curioso observar á las golondrinas nuevas, enseñadas y vigiladas por sus padres con una ternura incansable, hasta que pueden abandonar su nido sin temor, y vivir por su cuenta. La hembra hace otra puesta á principio de Agosto.

E. DE MIER.

(Concluirá).



LA DECLARACIÓN DOGMÁTICA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA
PINTURA EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID

POR EUGENIO OLIVA RODRIGO

La casa paterna

(CONCLUSIÓN)

DETRÁS de cada mata surgía un fantasma: de cada objeto brotaban centenares de recuerdos; recuerdos de personas que ya no existían, de palabras empeñadas á gentes que se habían borrado de mi memoria, de hechos en que se amalgamaban y confundían lo real y lo ideal, de efectos de luz, de mañanitas nubosas, de perfumes embriagadores, de lecturas, de fantasías, de remordimientos infantiles, de propósitos de enmienda, de ramajes de plantas que seguían determinada dirección, de insectos columbrados desde aquel sitio sobre el tronco de un árbol, de los primeros inesperados y misteriosos hervores de la sangre, experimentados al ver que hacia mí venía por entre la sombra y la verdura, la leve, graciosa y blanca figura de una primita de trece años, con la cual había soñado aquella misma noche. Y cuanto más avanzaba, más vivas y con mayor relieve se me representaban las imágenes. Ni me acordaba de la nieve, ni pensaba siquiera en que mirándome alguien desde las ventanas, podía tomarme por loco ó por ladrón. Mi corazón y mi pensamiento vivían en lo pasado. Me parecía escuchar mil voces distintas que, suaves y rumorosas, me llamaban por mi nombre, ó con sonos lastimeros me decían mil cosas, á las cuales contestaba yo confusamente tratando de justificarme, y prometiendo no sé qué, y miraba en derredor dominado por un sentimiento de respeto y de compasión cual si aquel jardín fuera un cementerio, y las desigualdades del suelo cubiertas por la nieve, frías tumbas que guardaran ocultos en sus entrañas numerosos cadáveres.

En semejante disposición llegué á un pequeño cobertizo existente en el extremo del jardín, y sentándome debajo de él, contemplando las ventanas, comencé á meditar. Sin saber cómo, mis pensamientos me conducían á reflexionar con tristeza respecto de la vanidad de las cosas humanas. — ¡Cuánto he envejecido! me decía. Si en mi niñez cuando correteaba por este jardín, me hubiese vaticinado alguno lo que más tarde ha acontecido, habría imaginado que me esperaba la dicha más completa. Y sin embargo, hoy me hallo más lejos de esa ventura, de lo que lo estaba entonces. De estos sitios salí con el corazón colmado de ambiciones y esperanzas, temiendo casi que no fuese suficientemente larga la vida y bastante capaz el mundo para lo que pretendía hacer y gozar, y la verdad es que, transcurridos breves años, de vuelta á ellos joven aun, no experimento más deseo que el de terminar mi juventud alejado del mundanal ruido, en un albergue solitario, sin más compañía que la de mi familia y mis libros. Innumerables afanes, contadas satisfacciones de amor propio, y nada más. Apenas emprendido el gran viaje, me hallo ya de vuelta. Nada más ambiciono que la paz de la vida y de la conciencia. Ni siquiera percibí el amargor de los desengaños. Falsos amigos, esperanzas engañosas, vanidad, glorias pasajeras, placeres fugaces, menguadas pasiones de la vida que hasta el presente viví, todo lo veo al presente bajo mis pies, contemplándolo sin pena ni enojo. Y no es, no, que sienta desprecio por cosa alguna, ni que acuse á alguien, ni que me crea mejor que los demás; nada menos que esto: siento sólo una gran fatiga, un cansancio inmenso, un invencible deseo de soledad y quietud. Quien sienta pasión por el mundo, láncese á él con los brazos abiertos, ábrase paso, brille, triunfe, embriéguese: la envidia no arrancará á mi cora-

zón el más leve suspiro. Nada más le pido al mundo que un poco de aire, y un poco de verdura, y á Dios las fuerzas indispensables para resistir las sugerencias de la tentación el día en que me encuentre solo en la tierra...

En aquel momento ví aparecer detrás de los cristales de una de las ventanas un rostro cuyas facciones me impedían distinguir los copos de nieve que con abundancia iban cayendo.

Parecióme que me estaba mirando.

Comprendí entonces que era deber mío marcharme, ó subir á la casa para dar cuenta de mi presencia en aquellos sitios, reflexión que me dió valor para hacer lo que no habría osado realizar en un principio, es decir, solicitar permiso para visitar el interior de aquella morada.

Salí, pues, del jardín, tomé por la escalera arriba, llamé á la puerta, y abriéndose ésta en seguida, pude ver un rostro entre curioso y sorprendido, que de fijo me estaba aguardando. Era el dueño de la casa: un hombre, como de cincuenta años, de bondadoso aspecto, detrás del cual asomaba la cabeza una señora de edad proporcionada á la suya, y de rostro dulce y melancólico que parecía su mujer.

Revelé mi nombre, y expuse mi deseo, haciendo de todo brevísima explicación.

Aquél no les era del todo desconocido: la emoción que se traslucía mejor que en mis palabras en lo trémulo de mi voz, les convenció respecto de mis sentimientos, y me invitaron á entrar.

Lo hice.

¡Oh amadas, bendecidas, inolvidables paredes de la casa donde nací! Excepción hecha de ellas, todo lo demás era distinto; pero aun así, reconocílo todo inmediatamente, hasta los más insignificantes rincones, y lo ví, ocupando cada cosa su sitio como en mi niñez. Voces mil, brotando de distintos puntos, me llamaban al par, diciendo:—¡Guillermo! ¡Guillermo! ¡Guillermo! — Está aquí. — Allí está. — Ya ha vuelto. — Es Guillermito. — ¿Y mamá? ¿Y mis hermanos? ¿Dónde están? ¿Dónde habéis ido? ¿Qué habéis hecho? — Con todo, desde los primeros momentos á todo se sobrepuso la imagen de mi padre. Veíale aparecer en el marco de todas las puertas; escuchaba sus pasos en el interior de cada habitación; se hallaba á la vez en todas partes, y cual si se reflejara en cien espejos á la vez, veía de él cien imágenes al mismo tiempo: aquí, sentado delante de la mesa, rayando con el auxilio del cuadradillo mis cuadernos para las composiciones; allí, apoyado en el mármol de la chimenea, enseñándome á declamar, con apropiada entonación, unos versos de un gran poeta; más lejos, puestos sus cinco sentidos en la colocación de un pequeño cuadrado, en el cual había puesto un informe dibujo de una batalla que borraré yo á los cinco años, y que estimaba él como revelación de un genio. Cada rinconcillo, cada palmo de pared me traía á la memoria una de sus palabras, una de sus ocupaciones, uno de sus hábitos. Y cuanto más adelantaba en aquellas habitaciones uniformemente iluminadas por una luz macilenta y mortecina, proveniente del reflejo de la nieve, crecía y se hacía más viva y más intensa su imagen, hasta el punto de estremecerme de pies á cabeza, cual si volviéndome de improviso hubiese debido encontrármelo delante de los ojos. De nuevo ví la sala en que lanzó mi madre un gemido desgarrador el día en que, saliendo el anciano doctor del aposento de mi padre, le dijo en voz sumisa: — ¡Valor, señora; considere usted que este camino todos lo debemos seguir! — Pasando delante del gabinete del lado, víme á mí mismo, á la edad de seis años, tendido en la cama, acometido por el garrotillo, en las ansias de

la muerte, en tanto que mi padre, secándose frecuentemente las lágrimas, trazaba con el lápiz mi retrato, y mi madre, arrodillada á la cabecera, tenía cogida una de mis manos que besaba apasionadamente, ahogando sus sollozos con los pliegues de la colcha. ¡Cuántas imágenes, cuántas reminiscencias de enfermedades, de duelos, de pavoras, de cuentos de hadas y aparecidos, de juguetes destrozados, de vestidos que usaron mi madre y mi hermana, que años y años hacía habíanse borrado de mi memoria! Cada vez que ponía el pie en una nueva habitación, me veía obligado á detenerme para resistir á la oleada de recuerdos que se me echaba encima con ímpetu poderoso. Una ventana del último gabinete retrajo á mi pensamiento una vaga reminiscencia, uno como ensueño de cierta disputa, causa de no pocas lágrimas, con un hermano mayor, que murió á los cinco años, del cual recuerdo solamente dos ojazos negrísimos y penetrantes, que siempre me estaban mirando. Al compás que andaba, íbase aclarando mi memoria como el cielo al disiparse la niebla, y en consecuencia hacíanse manifiestos los más primitivos albores del juicio y de la conciencia, y veía con completa claridad el porqué de muchas manifestaciones de mi espíritu que se revelaron muchos años después, y por encima de aquel fondo luminoso de mi infancia se movían y amontonaban confusamente las figuras del mundo variado y tumultuoso que conociera en mi adolescencia, y más tarde, en los primeros años de mi juventud, irreprochables perfiles de hermosas mujeres; testas gloriosas de poetas inspirados; rostros enérgicos de soldados aguerridos; ciudades populosas, mares lejanos, y gabinetes repletos de mapas y de libros en los cuales había sudado y gemido, en tanto que mi madre lloraba; y sentía que en mi pecho crecía un remordimiento, no sé de qué, una tristeza, un temor, un afán de caer de hinojos y de llorar, que materialmente me ahogaba.

Por último llegué al gabinete más apartado. — Nuestro cuarto de dormir, dijo el dueño de la casa abriendo la puerta. Era el mismo en que había muerto mi padre. Quedéme en el umbral; pues sentí que las fuerzas me faltaban. Había vislumbrado un lecho en el sitio en que estuvo el de mi padre, y me parecía que aun estaba en él, yerto, lívido, con el crucifijo en la mano, entre dos cirios ardiendo. Aquel bondadoso caballero comprendió lo que pasaba en mi corazón, y se retiró discretamente. Entonces me arrojé al interior del aposento, y caí de rodillas al pie de la cama. ¡Jamás, jamás, por mucho que viva, se borrarán de mi memoria aquellos momentos! Parecióme sentir entre las mías la mano helada de aquel pobre viejo, cual si en aquel instante acabara de fallecer; viniéronseme á la memoria sus postreras palabras, sus postreros movimientos, su última mirada buscándome á mí, á su amado Guillermo, al menor de sus hijos, al cual dejaba en el mundo solo y desvalido, y del cual hablaba con amargura en los últimos días de su vida! Sólo entonces, recordando su larga existencia de trabajo y de sacrificio, pude comprender cuánto valió aquel hombre; cuánto le debían mi cabeza y mi corazón, y conocí que no le había amado tanto como se merecía; que en mis sentimientos respecto de él hubo más respeto que ternura; que había sido injusto, desagradecido, y le pedí perdón con las manos cruzadas, vertiendo abundantes lágrimas, y besando apasionadamente el borde del lecho, como quince años antes besaba su rostro inanimado.

Así permanecí durante un rato, pensando y reflexionando, y en aquellos momentos, para mí solemnes, se decidió la suerte de mi existencia.

Repuesto de la primera acometida del dolor, preguntéme por qué anidaba en mi corazón tan profunda tristeza; por qué me sentía cansado de la vida; por qué mirando á lo porvenir lo veía todo triste y oscuro; por qué hasta los más risueños recuerdos de la infancia me tronaban el alma; qué debía hacer para reanimar mi moribunda juventud, y hacer que resucitaran mis muertas esperanzas; qué me faltaba para ser dichoso; qué vida debía ser la mía de aquella hora en adelante. Y de todos los sitios de aquella casa, del jardín, de la huerta, del vestíbulo, aquellas voces que al entrar cariñosamente me saludaron, me dijeron de consuno:—¿Y lo preguntas? Pues es muy sencillo. Debes reedificar el templo derruido; reconstruir la casa antigua; restablecer cada cosa en su sitio; resucitar el Guillermo de otros días, y con él sus hermanos; recomponer los destrozados juguetes; rayar con auxilio del cuadradillo los cuadernos para las composiciones y recitar los versos de aquel gran poeta. ¡Guillermo, es indispensable que vuelvas á empezar! — Muchas veces se me había ocurrido; mas en aquella ocasión era mi casa quien me lo decía; era mi amado jardín quien me lo aconsejaba; era un ruego que me dirigía mi padre difunto, y por vez primera en la vida mi alma atribulada respondió rebosando amor y decisión. De pronto, como por arte de encantamiento, iluminóse mi inteligencia; cuanto en derredor existía me parecía transfigurado; un nombre mucho tiempo hacía querido á mi corazón, asomó á mis labios como grito jubiloso, y tres veces consecutivas exclamé:—¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa! mirando en derredor cual si estuviera allí el espíritu de mi padre y pudiera oírme. E incorporándome de pronto, salí del aposento rejuvenecido, firme, sereno, iluminada la frente por la esplendorosa luz de la aurora de una nueva vida.

Y en tanto que me despedía agradecido de aquel digno caballero, y atravesaba las restantes habitaciones, y bajaba la escalera, y pasaba por debajo del emparrado, me parecía que las mil voces de la casa susurrasen alegres y regocijadas:—¡Adiós, Guillermo! ¡Adiós, Guillermo! Es él: Es el bondadoso Guillermo que va á reedificar el templo derruido: á reconstruir la casa antigua, á emprender de nuevo el camino abandonado. ¡Hasta la vista, querido Guillermo!—Y en cuanto, habiendo llegado al extremo de la calle, volví la cabeza para mirar por vez postrera la casa, velada á mis ojos por la nieve que de cada vez caía más espesa y abundante, y dirigí la vista á la ventana de la última habitación, parecióme distinguir la imagen venerable de mi padre que bendiciéndome decía:—¡Adiós, Guillermo, hijo mío! ¡Bendito seas ya que vas á levantarme nueva casa, y á darme nueva vida! ¡Hasta muy pronto, amado Guillermo!—Y no bien me hallé de vuelta en Bois-le-Duc, corrí á casa del padre de Luisa, y le hice la petición que hacía no poco tiempo esperaba.

Otros quince años han transcurrido desde aquel día: cuento al presente cuarenta y cinco, y en mi cabeza abundan las canas. Pero he reedificado el templo derruido, y se han realizado todos mis deseos. Vivo en Drener, en una linda casita con su vestíbulo, su jardín con cobertizo en el fondo, y un largo emparrado. Desde la habitación en el piso bajo, en la cual estoy escribiendo, veo á mi Guillermo que cuenta diez años, y juega y alborota en el vestíbulo con sus compañeros de escuela; á su hermana Julia, que cuida las flores del jardín; oigo á mi primogénito Alberto que lee en alta voz en su gabinete del primer piso, y á mi adorada Luisa que desde la ventana hace señas á Guillermo para que se guarde del sol de medio día. Veo al conferenciante de latín apareciendo de repente

por el fondo del emparrado; á la gata vieja que trepa ligera á lo alto de la parra; á la criada que vuelve de la compra llevando la esportilla colgando del brazo, y á los pajarillos que trinan gozosos en sus lindas jaulas: ábrense las puertas y se cierran, todo se mueve, todo habla, todo respira vida y alegría, y todo me recuerda mi vieja casita de Kalmert. Yo mismo, sin darme cuenta de ello, he ido adquiriendo los ademanes de mi padre, su manera de andar, sus gestos, la entonación de su voz, con todo lo cual me hago á veces la ilusión de que soy él, veinte años más joven, y de que mi espíritu ha pasado á aquel Guillermo que veo triscar en el jardín; y con los ojos de la imaginación contemplo otro Guillermo que vendrá después, y otro, y otro, y una interminable hilera de Guillemos que se pierde en lontananza y se desvanece en el fondo de un horizonte azulado y esplendoroso, y me siento feliz, é imagino ser inmortal.

Y no es, no, que deje de pensar en la muerte: acuérdomeme con frecuencia de ella; pero no como en los días de mi juventud en que la veía con sus sentimientos de tristeza mezclado de terror; no, hoy la contemplo con la tranquilidad del obrero laborioso satisfecho de sí mismo, que, sentado á la mesa de modesto festín, considera que más tarde ó más pronto le será dado descansar de sus afanes y fatigas, puesta la cabeza sobre una almohada en la cual no se tienen ensueños horrendos ni horribles pesadillas. Lo único que se me ocurre, cuando pienso en tales cosas, es decirme á mí mismo: quisiera morir en primavera; en la postrera habitación de mi casita; abierta de par en par la ventana que mira al jardín; teniendo al lado á mi Luisa adorada, y en derredor á los hijos de mi corazón; con fuerzas para conocerlos, para llamarlos por sus nombres, para abrazarlos uno del otro en pos hasta el postrer instante, y decirles á todos, antes de cerrar los ojos: — Hijos del alma, cuando lleguéis á los treinta, y comencéis á sentirnos cansados de la vida, reedificad la casa vieja, y emprended de nuevo el camino con valor y decisión.

Traducción de
C. VIDAL DE VALENCIANO.



Por volver á mi patria
lancé suspiros;
á mi pueblo he tornado
llorando vivo,
porque mi alma
en vano cruza el mundo
buscando patria.
Busco la dulce sombra,
yo no la encuentro.
Busco la fresca fuente,
de sed me muero.
Sube, alma mía,
que arriba tendrás sombra
fuentes arriba.

NUESTROS GRABADOS

León en acecho

ESCULTURA DE A. VALLMITJANA ABARCA

El rey del desierto está alerta atisbando el momento de arrojar sobre su presa. ¡Ay del infeliz que caiga bajo sus garras! La potente fuerza de la fiera le arrancará la vida en segundos y le destrozará como si fuese débil masa de alfeñique. Vallmitjana Abarca, que es hoy en España, sin disputa alguna, el primer escultor de animales, ha interpretado admirablemente en esta escultura la actitud y la expresión del león, que ha presentado, á la vez, con la majestad que le caracteriza en todos los momentos, ora cuando parado muestra su soberbia melena, ora cuando corriendo la agita formando como una aureola alrededor de su cabeza. Del natural, merced á un paciente estudio, ha sacado el joven artista todos los detalles de la escultura, lo cual se advierte en la calidad de la piel, en la manera como están acusadas todas las líneas en el cuerpo de la fiera, y sobre todo en la cabeza, parte de difícil ejecución y en la que se estrellan escultores dotados por otro lado de envidiable talento. Vallmitjana Abarca, que sabe reproducir con gran exactitud y con portentosa vida los perros, compañeros del hombre, el pesado elefante en posturas variadísimas y otras bestias, en ninguna, acaso, se muestra tan hábil artista como en el león, que ha sido objeto más cariñoso de un constante estudio en esta especialidad. Este escultor, con tener ya fisonomía propia en el género, sigue con gran fortuna las huellas de Caïn y de Barye, artistas franceses que gozan de renombre europeo por su talento y habilidad en la interpretación escultórica de la vida de los animales.

Distinción

ACUARELA DE JOSÉ LLOVERA

La elegancia, conforme lo hemos dicho en alguna otra ocasión, es el distintivo de los dibujos y de las pinturas de este artista, que con igual facilidad maneja el lápiz que el pincel. La dama que va en este número es prueba evidente de nuestro acerto. Distinguido es su rostro, en el que se advierte una delicada corrección de líneas; distinguida su actitud, su mamente natural á la vez, y distinción hay igualmente en su traje sencillo y de buen gusto. El señor Llovera ha dibujado y pintado un número considerable de tipos femeninos, sacándolos de todas las clases sociales, y formando con ellos un galería variadísimas en la cual sale retratada la mujer española, con rasgos exactos tomados del natural y á la vez con el sello que el citado artista imprime en todas sus obras.

La declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María

PINTURA EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID
POR EUGENIO OLIVA RODRIGO

Suceso insigne en la historia de la Iglesia católica apostólica y romana fué la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María que hizo el Santo Pontífice Pío IX, de imperecedera memoria. Esta proclamación colmó de inefable júbilo á los católicos del universo entero, pero más especialmente acaso á los de España, en donde de luengos tiempos era ya piadosa creencia lo mismo que Su Santidad definió por dogma de la verdadera Iglesia de Jesucristo. En las universidades, sucesoras de las de Salamanca y Alcalá que tan alto pusieron el renombre de la ciencia española, singularmente en la filosofía, la teología y el derecho, juraban los licenciados al recibir la investidura, que defenderían la Concepción Inmaculada de la Virgen Santísima, concebida sin pecado original. La Purísima Concepción tiene por patrona la ínclita orden de Carlos III, que adoptó los colores blanco y azul, que son los de la Virgen en el referido misterio, y puso en el anverso de la cruz su imagen como espejo de los caballeros que la llevaran en su pecho. El solemne acto de la declaración dogmática, representado de modo que revistiera la mayor grandiosidad y llegara á lo sublime, hasta donde puede alcanzarlo el hombre por medio de la pintura, fué el asunto que el artista don Eugenio Oliva Rodrigo hubo de interpretar en los colosales paramentos de San Francisco el Grande, de la iglesia que trazó en 1760 el lego Francisco Cabezas y que completó Sabatini en 1784. Este templo es hoy día una suerte de galería de la pintura religiosa de España en el siglo XIX, por haber trabajado en decorar su nave y sus vastas capillas los más ilustres pintores que hemos tenido en esta centuria.

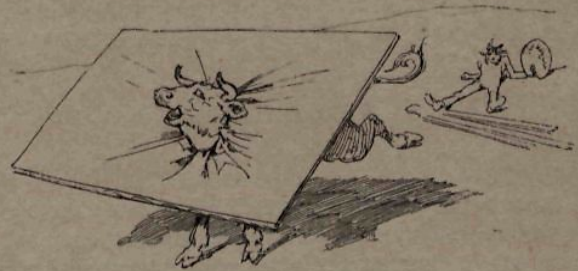
TODO POR EL ARTE

NOVELA VIVA, POR APELES MESTRES

(CONTINUACIÓN)



25.—Tan sospechoso parecióle que acabó por embestirle sin decir oste ni moste, como el más zafio de los bueyes,



26.—Y derribando al infeliz artista, echó á correr por aquellos benditos prados con el cuadro á guisa de cepo



27.—Lo cual parecióle al boyero una broma pesada de *aquel señor*.



28.—El cual boyero, después de probar al *señor* con argumentos — contundentes en grado sumo — que hay bromas que merecen palos...



29.—Acudió en auxilio del pobre animalito, que apuraba en vano todos los recursos para deshacerse de aquel estorbo.



30.—«¡Cero y van tres!... ¡Sea todo por el Arte!»

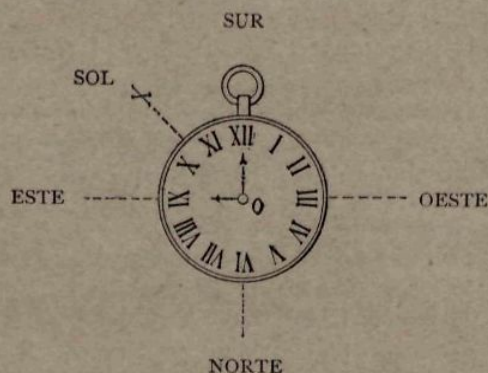
(Continuará).

El señor Oliva Rodrigo, uno de ellos, ha desarrollado con verdadera magnificencia el asunto de que hablamos, dándole un carácter que recuerda en parte las obras más valientes de los fresquistas de los siglos XVII y XVIII. La hermosa figura del papa Pío IX sobresale en el trono, desde donde dirige su vista al emperador, en el que sobre nubes de gloria aparece la imagen divina de la Santísima Virgen, rodeada de angélicos coros que entonan sus alabanzas. Grupos hábilmente distribuidos en el plan terreno, precisan los pormenores del suceso conmemorado por medio de la pintura y dan á ésta variedad y movimiento. Las condiciones de San Francisco el Grande no permitían sacar de esta vasta composición una fotografía directa, de manera que para darla á conocer á nuestros lectores ha sido preciso encargar al mismo autor un dibujo que fuese trasunto de ella, lo más exacto posible. La circunstancia de haberlo hecho el mismo señor Oliva Rodrigo dice que el trasunto ha de existir en verdad en el dibujo, ejecutado con superior facilidad y elegancia y que reproducimos fielmente.

Mesa revuelta

Un procedimiento de orientación bastante exacto y recomendable, es el que consiste en determinar, cuando hay sol, los cuatro puntos cardinales y los intermedios con el auxilio de las divisiones de un reloj de bolsillo.

Supongamos que se trata de orientarse por este medio, sabiendo que el reloj señala las nueve de la mañana.



A esta hora aun le quedan al sol tres horas de curso antes de llegar al Sur. Ahora bien, en virtud del principio: que la traslación angular del sol durante una hora, corresponde á media hora sobre el reloj, la traslación de dicho astro durante tres horas está representada por tres medias horas. Luego poniendo el radio $OX \frac{1}{2}$, en la dirección del sol, el mismo reloj dará la dirección de los cuatro puntos cardinales (XII el Sur, VI el Norte, III el Oeste y IX el Este).

Durante la noche marca igualmente la luna los puntos cardinales; pero esta operación es bastante difícil, y no la expondremos más que como simple noticia.

Cuando la luna está en su lleno, á las seis de la tarde se encuentra al Este; á media noche al Sur; á las seis de la mañana al Oeste, y alumbra durante la noche.

En su cuarto creciente, cuando aparece como una media luna con las puntas vueltas á la izquierda, á las seis de la tarde está al Sur; á media noche al Este, y no alumbra más que durante la primera parte de la noche.

Un tamborilero tenía una mujer tan contraria á su opinión, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque había de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima, al pasar de un río, díjole:—Mujer, cantad; no tangáis el tamborino, que

se espantará el asno.—Como si dijera táñelo, en ser en el río sonó el tamborino, y el asno espantándose púsose en el fondo, y echó la mujer al río; y él por bien que quiso ayudalle no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla á buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando:—Buen hombre, ¿qué buscáis?—Respondió:—Mi mujer, que se es ahogada.—Señor, ¿y al contrario la habéis de buscar?—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria á mis opiniones.

Vino un gentilhombre á la corte á posar en una venta que la ventera era viuda, la cual tenía una hija de quince años, y como fuese en invierno, ya después de haber cenado, estándose todos calentándose alrededor del fuego, dijo la ventera:—¿Qué hay de nuevo en la corte, señor?—El gentilhombre, por reirse, le respondió:—Lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado su majestad, por falta que hay de gente para la guerra, que las mujeres ancianas casen con mancebos, y las mozas con hombres ancianos.—Ay, dijo la hija, en verdad, señor, que su majestad no hace lo que debe, ni parece bien ese mandamiento.—Respondió la ventera:—Calla, rapaza, no digas eso; que lo que su majestad manda está bien mandado, y parecerá bien á todo el mundo; y Dios le alargue la vida.

Venido un embajador de Venecia á la corte del gran turco, dándole audiencia á él juntamente con otros muchos que había en su corte; mandó el gran turco que no le diesen silla al embajador de Venecia, por cierto respeto. Enterados los embajadores, cada cual se sentó en su debido lugar. Viendo el veneciano que para él faltaba silla, quitóse una ropa de majestad que traía de brocado hasta el suelo y asentóse encima de ella. Acabando todos de relatar sus embajadas y hecho su debido acatamiento al gran turco, salióse el embajador veneciano, dejando su ropa en el suelo. A esto dijo el gran turco:—Mira, cristiano, que te dejas tu ropa.—Respondió:—Sepa tu majestad, que los embajadores de Venecia acostumbran dejarse las sillas en que se asientan.

Según la estadística criminal de la mayor parte de las naciones de Europa, la embriaguez influye en la criminalidad en las siguientes proporciones:

En los actos de violencia cometidos contra las personas, golpes y heridas, muertes y asesinatos, el 88 por 100.

En la vagancia, mendicidad, etc., el 79 por 100.

En los ataques á la propiedad, robos con fractura, depredaciones, destrucciones, incendios, etc., el 77 por 100.

En los robos, abusos de confianza, estafas, falsificaciones el 70 por 100.

En los ataques públicos, al pudor, tentativas de violación, violaciones consumadas el 53 por 100.

En resumen, la embriaguez proporciona un contingente de un 75 por 100, como término medio, en todos los crímenes reunidos.

Para quitar las manchas de café sobre tela de seda ó de lana, se extiende sobre la mancha una capa de glicerina, luego se lava con un pedazo de lienzo muy limpio embebido con agua de cisterna ó destilada, que sea tibia, continuando la operación hasta que desaparezca la mancha. En este punto, se plancha la tela por la parte opuesta

hasta que quede bien seca. Los colores más delicados resisten este procedimiento.

* * *

La reina de Inglaterra, para demostrar que sus súbditos del imperio de la India no le interesan menos que los del reino unido de la Gran Bretaña, ha tomado algunos á su servicio, que la acompañaron en la excursión que en invierno último hizo á la isla Hyères. Estos nuevos servidores de la reina Victoria llamaron mucho la atención de los que acudieron á ver y á saludar á su graciosa majestad, particularmente uno de ellos que adornaba su cabeza con un turbante amarillo y calzaba babuchas encarnadas. Parece que este singular personaje, durante el viaje de la reina en Francia, se empeñó en beberse el aceite de las lámparas del wagón, y en su inquieta inmovilidad tiró el cordón de alarma, lo que produjo la detención del tren y la consiguiente molestia á los pasajeros.

* * *

El doctor Enrique Heiss, de Viena, asegura que se combate la jaqueca, y hasta se la cura, comprimiendo el estómago con la mano, de modo que resulte comprimida la arteria aorta.

Recreos instructivos

LA CONSTRUCTORA DE MUÑECAS

Conociendo por triste experiencia la fragilidad de las muñecas, puesta en razón inversa de la robustez de los dedos infantiles, nada tiene de extraño que dure tan poco una muñeca, así salga de la primera entre las mejores fábricas de París. Mientras las destructoras permanecen en la ciudad, menos mal, pues todo se reduce á mermar una vez más el peculio del bondadoso papá.

Mas cuando la industria indígena del pueblo donde la niña homicida está veraneando, se reduce á la producción de pelotas de cáñamo y balas de granito, cuando un río separa al pueblo del resto de la humanidad, y por añadidura viene ancho, hondo y rojizo por las lluvias torrenciales, ¿cómo hacerlo para reparar el daño causado en la muñeca, tan linda ayer, y hoy tan mustia! Pero no hay que apurarse: yo me propongo enjugar más de una lágrima, que no por ser pequeña deja de ser ardiente; yo tengo la seguridad de que mi intervención salvará los días de más de una preciosa muñeca, y si no es posible remediar el daño... y bien! se construirá otra é intervendrán en su confección todos los individuos de la familia, como niños grandes que son.

Al mismo tiempo que he de dar indicaciones sobre ese importante asunto, así, de resbalón, haré que se fijen en cosas al parecer insignificantes, muchos que abusan de la síntesis y se olvidan del análisis; acostumbrados á que se lo den todo hecho en las ciudades, hay quiénes no saben hacer cosa alguna fuera de lo que constituye su profesión, y al menor contratiempo se encuentran más aislados que un moro cojo en el centro del desierto; es preciso conocer bien muchas de las cosas que nos rodean, no despreciar nada, sacar partido de todo, y aprender á servirse útilmente de las maravillosas facultades con que Dios dotó á nuestro espíritu y nuestro organismo material; todos somos Robinsones, y la ciencia nos debe servir, no como adorno de erudición, sino como induc-

ción práctica para hacer más llevadera nuestra accidentada existencia.

Enseñaremos á hacer muñecas y muchas otras cosas más, y estamos seguros de antemano de la pequeña y efectiva gratitud de todos nuestros lectores. — JULIÁN.

Solución al acertijo anterior:

CARABINA, CARABELA
CALABAZA, CALAMINA

Solución á la charada

A-MÉ-RI-CA

CHARADA

— Dame un *todo*.

— No lo tengo;

en el cuartel lo hallarás.

— ¡Vaya un amigo *dos cuarta!*
¡qué poca amabilidad!

— Mi termómetro está bajo;
no lo puedo remediar,
y de *tres cuarta* no sale.

¡Habrás más fatalidad!

Se me ha perdido una perra,

una dos, que viste ya;

con el *cuatro tres*, la cuerda

se rompió... y no la ví más.

Luego debí, siendo pío,

asistir á un funeral,

y allí *tres dos* como nuevo

me puso el negro gabán;

y al entrar en *una cuatro*

era tal la oscuridad

que tropecé en una silla

cayendo como un costal.

Luego compré *prima doble*,

y lo quise regalar

á un *cuatro cuatro* que tengo

y es travieso por demás;

lo coge, se va al balcón

y lo tira sin mirar,

dando el chisme en la cabeza

de un bizarro militar,

que se puso hecho una furia,

y que es un *todo* además.

Conque figúrate, amigo,

si tengo suerte y si hay

quien menos puede ofrecerte

lo que pidiéndome estás...

Si quieres alcanzar uno

aguarda, que ya vendrá.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.



VIAJES, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MÚSICA, MODAS
SEMANARIO DEDICADO Á LAS FAMILIAS

LA ILUSTRACIÓN MODERNA se publica semanalmente por cuadernos de treinta y dos grandes páginas, impresas en excelente papel glaseado, tipos elzevirianos fundidos ex profeso, y adornadas con numerosos y selectos grabados intercalados en el texto. Á fin de dar mayor variedad y riqueza á la publicación, en algunos números se intercalarán grabados en colores.

Á cada número acompaña una preciosa lámina suelta de gran tamaño, ó dos láminas de página, reproducción de las más celebradas obras de los artistas contemporáneos.

A pesar del lujo y esplendidez de esta publicación y de los magníficos regalos que se repartirán, sólo cuesta cada cuaderno **DOS REALES EN TODA ESPAÑA**

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^l, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10.—Santander; señores Angel B. Pérez y C.^l—Coruña; don E. de Guarda.—Vigo, don Antonio López de Neira.—Cartagena; señores Bosch Hermanos.—Valencia; señores Dart y C.^l—Málaga; don Luis Duarte.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

**VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
 AL CONTADO Y Á PLAZOS**

18 bis, AVINO, 18 bis.—BARCELONA

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. **SANATORIUM**

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)